

ct

Hana Mae

de
V́ctor Śnchez Alonso

(fragmento)

¹«De todas las preguntas que me ha hecho, sin duda esta es la más relevante. Y no lo digo por vanidad, los que me conocen podrían decirle mejor, yo soy un hombre sencillo en realidad... Volviendo a lo anterior, a su pregunta: “¿ha sido este el descubrimiento más importante de la historia?”. La respuesta es sí, con rotundidad sí. Lo creo de verdad, claro. Fíjese en otros grandes descubrimientos, usted es joven, pero sabrá ver. Todos ellos son prescindibles, tarde o temprano se habrían dado igualmente y ese *retraso* no hubiera supuesto nada en la historia del progreso del hombre. ¿Cree usted que si Gutenberg no hubiera inventado la imprenta no lo habría hecho más tarde otro hombre? Un inglés, un español, un turco... Sin embargo, mi descubrimiento es único. Yo encontré la cura para una enfermedad que hubiera matado a todas las mujeres del mundo. Fui yo, nadie más lo había conseguido, solo yo. Es posible, por tanto, y anote esto con claridad, que yo sea el hombre más importante de la historia y que usted, sin ser consciente ello, esté aquí sentada frente a mí. Veo que sonrío, ¿piensa que exagero?, ¿que soy un loco? De acuerdo, supongamos que yo no hubiera encontrado la cura, supongamos eso por un momento. Poco a poco todas las mujeres habrían muerto, ¿puede usted imaginar un mundo sin mujeres? Sería una especie de apocalipsis. Yo evité ese apocalipsis. Sigue sonriendo, eso no está bien, no señor. Le diré algo, joven, en cierto modo usted me debe la vida, ¿qué tiene que decir a eso, mujer?».

1

(Noche en algún lugar de la montaña. Alejada de los caminos, HANA ha encendido una hoguera. Lleva un pequeño macuto, una manta, algunos cacharros de latón y un machete. Fuera de sí lanza piedras contra las sombras).

HANA

¡Sal de ahí! No eres capaz de dar la cara. Te mataré otra vez si hace falta, ¡no te tengo miedo!

(Pausa). ¡Puaj! Tu olor se me quedó aquí. *(Se golpea la cabeza con violencia).* ¡No puedo sacármelo! *(Pausa).* Me agarraste y sentí crujir las costillas. No podía respirar. Tuve que hundir mi cuchillo en tu corazón hasta que tus brazos se aflojaron y pude tomar aire de nuevo. *(Pausa).*

Respira. Y ahora vuelves por las noches... No lo merezco, ¿sabes? Estás bien muerto, muerto para siempre.

(Silencio).

Veo que estáis todos, ni en el infierno os quieren. *(Maternal).* ¡Oh! Tú también estás aquí, mi niño. Eres el hombre más joven que he matado, ¿lo sabías? No supiste tratar a una mujer. *(Gesto de desaprobación).* Yo solo quería un poco de ternura, todo el mundo la necesita. Pero no quisiste guardar el secreto. *(Airada).* Te pedí que no se lo contaras a nadie, que era importante. ¿Por qué nadie hace caso de lo que digo? ¿Qué iba a hacer? No entendéis nada. Yo os ayudaré con la hoja de mi cuchillo.

(Silencio. Busca algo inexistente entre los matorrales).

¡Mujeres! Si ellos están aquí, ¿dónde estáis vosotras? ¿Por qué no veláis por mí? Yo soy la última

¹ Fragmento de la entrevista que la revista *Medical Review* realizó al doctor Santa Cruz en Estocolmo días antes de recibir el Premio Nobel de Medicina.

mujer sobre la tierra, soy todo lo que os queda. ¡Por dios! Estos hombres que me atormentan son vuestros maridos, vuestros hermanos, ¡vuestros hijos! Llevadlos a casa y que no vuelvan más.

(Pausa). Solo necesito algo de paz, eso es todo.

(Silencio).

¿Seguís ahí? ¡Eh! Solo aparecéis cuando me veis indefensa, ¿verdad? Pero no os queda mucho, mi padre vendrá y os hará pedazos, papá es muy fuerte y mucho más valiente que vosotros. ¡Papá! Están ahí, detrás de esos árboles, ¡corre!

(HANA salta con emoción).

¿Ya los tienes? ¿Los agarraste? *(Pausa)*. Papá, yo no quería hacer daño a nadie, tú lo sabes. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Dejar que me atrapen? ¡Oh, papá! Acabaré con todos, sembraré la montaña con sus cuerpos, les arrancaré los ojos. *(Gritando a los árboles)*. ¡No os tengo miedo! *(Cambia el tono)*. Yo soy buena, siempre he ayudado a la gente, antes todos me querían. *(Pausa)*. Los muertos no entienden nada, papá, díselo tú, por favor, tú que sabes poner palabras a todo.

Eres el muerto más hermoso, papá, sabes que sí. Diles que me dejen tranquila, tan solo necesito dormir.

(HANA se recuesta y comienza a canturrear una nana).

Esta niña tiene sueño
tiene ganas de dormir,
tiene un ojito cerrado,
el otro no lo puede abrir.

Duérmete mi niña,
duérmete mi sol,
duérmete pedazo
de mi corazón.

(HANA se queda dormida con una piedra en la mano).

2

(Mañana de invierno en la montaña. HANA sujeta con firmeza un arco que ella misma ha fabricado. Tensa la cuerda y apunta a un pájaro que trata de escapar entre los árboles. El animal se introduce entre las ramas y desaparece).

HANA

Esta vez te has escapado, ¿eh? Tus amigos no han tenido la misma suerte.

(HANA habla con los pájaros que ha cazado).

¿Sabéis? Tenemos un nuevo amigo. ¡Chss! No lo asustéis. Es un pequeño conejo. Nos viene siguiendo desde ayer. *(Al conejo)*. Sal de ahí, no te haré daño. Prometo no convertirte en mi cena. *(Ríe)*. ¿Cómo te llamas? No respondes, de acuerdo. Entonces tendré que buscarte un nombre, veamos..., ¿qué te parece Urko? Un amigo tenía un perro que se llamaba Urko, era pequeño como tú. Yo quería mucho a aquel animal, era tan alegre.

Bien Urko, no puedo ofrecerte mucho: mi compañía y algunas sobras. *(Con emoción)*. ¡Nunca había tenido una mascota, qué ilusión! Yo me llamo Hana. *(Pausa)*. Nunca habías visto una mujer, ¿verdad? Eres un conejo afortunado. *(Pausa)*. Verás, soy la última mujer que queda en este mundo, no encontrarás ni una más, no señor.

¡Ah! Ya sé, ¿quieres ver una pequeña actuación?, necesito algo de público.

(HANA levanta la cabeza y cambia el gesto y la voz).

Mi nombre es Hans y antes de que todo ocurriera era médico. Ahora viajo solo. Tenía una mujer y una hija, pero la enfermedad se las llevó. Pensé que al ser médico podría ayudar a la gente, pero todo fue inútil. Todas las mujeres murieron y ahora el mundo está a punto de desaparecer.

(HANA mira al conejo).

¿Qué te parece? (Pausa). Sí, debo practicar más, ¿cómo podría sobrevivir si no? Mintiendo, claro, y apretando las tetas, ya no las siento.

(Silencio).

¡Espera! Te haré un regalo de bienvenida. (Saca una figurita de madera). Mira, ¿te gusta? Papá me enseñó a tallar figuritas de madera. Hay que ser muy paciente y trabajar con lentitud, si no, la madera puede romperse. Me gusta construir cosas pequeñas, aunque no son buenos tiempos para las manos sensibles que tratan las cosas con delicadeza. Los hombres no entienden eso, son como animales.

(Silencio. HANA señala hacia la cima de la montaña).

Mira, Urko, ¿ves aquellos árboles? Detrás está nuestra casa, al menos eso creo. Si nos damos prisa, llegaremos mañana. Una casa para nosotros, ¿puedes creerlo? (Pausa). Las personas no pueden vivir en la montaña, no por mucho tiempo. (Pausa). Sé que es tu hogar, pero podrías venir conmigo. El ciego dijo que había un huerto en la casa, podrías vivir en él, ¿qué te parece? Estaremos bien, ¿a que sí? (HANA se estira y se recompone). ¿Crees que habrá una bañera en esa casa? ¡Echo tanto de menos un buen baño!

(Pausa).

Te diré un secreto, pero no debes decírselo a nadie. (Confidencial). Hace unos días encontré un lago, no era muy grande, pero era profundo. Cuando llegó la noche me desnudé y me metí en el agua. Muy despacio, ¿sabes? En esos momentos me sentí una mujer de nuevo, mi cuerpo desnudo bajo el agua, las piernas, Urko, me acariciaba entre las piernas... (Ríe a carcajadas). ¡El único orgasmo femenino sobre la tierra!, ¿puedes imaginarlo?

(HANA vuelve en sí, mira al conejo y se ríe).

¿Qué forma de mirarme es esa? ¿Crees que estoy loca? Es que pensar que soy la única mujer me asusta un poco. (Susurrando). ¿Sabes? Ellos están en todos los sitios y pueden escuchar mis pensamientos. No debo olvidarlo nunca.

(Silencio).

Por eso ahora soy Hans, aunque tú puedes llamarme Hana también, será nuestro secreto. Siempre me pareció un nombre estúpido, Hans. Un chico de la escuela se llamaba así, no era muy listo, aunque sus ojos eran hermosos: muy azules, casi blancos. Hans ojos de nieve...

(Silencio).

No se puede vivir de recuerdos, Urko. ¿Tú recuerdas algo alguna vez? Si mañana me ocurriera algo, ¿tú me recordaría? (Pausa). ¡Oh! Has movido los bigotes, eso es que sí, ¡conejo precioso! Vendrás conmigo a casa, no hay más que hablar.

(HANA coge una botella de entre sus cosas. Cambia el gesto).

Pero no nos podemos confiar, Urko, hay que estar siempre alerta por si vienen a buscarnos. Aquel hombre me lo susurró al oído mientras le atravesaba el corazón con mi machete: «Eres lo máspreciado que existe», eso dijo.

(HANA introduce veneno en una botella roja).

Por eso tenemos que protegernos. ¿Sabes qué es esto? Veneno. (Pausa). Primero paraliza los brazos, luego las piernas y, al final, el corazón deja de latir. Es la botella roja, no lo olvides. No debes acercarte a ella, es importante.

(Parte del líquido cae en la arena).

¡Uy! ¡Mierda!, apártate del charco, Urko, es muy peligroso, muchos hombres han muerto con este veneno. ¡Oh, no me mires así!, no creas que no tengo corazón. Yo también puedo querer a otras personas.

(HANA sonríe).

Verás, Urko, hace unos meses conocí un chico. ¡Oh, me he puesto roja! Era muy joven y tenía la piel muy suave, no hay muchos hombres así, ¿sabes? *(Pausa)*. Pero lo más divertido de acostarse con una chica es contárselo a los demás. *(Pausa)*. Lo maté, Urko, lo maté. *(Pausa)*. Todos mis proyectos acaban con la muerte de alguien. ¿Qué tipo de vida es esa, Urko? ¡Dímelo!

(Silencio).

¡Eh! ¿Por qué estás tan callado? ¡No! ¿Qué has hecho? Te dije que te alejaras del charco. ¡Urko, respira!

(HANA intenta resucitar al conejo, pero el animal ya está muerto).

No puedo encontrarte el corazón, ¿dónde está tu maldito corazón?